

Lo que es para los hombres estimable es abominable ante Dios

«Vosotros pretendéis pasar por justos ante los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones: porque lo que es para los hombres estimable es abominable ante Dios».

Sí, hijitos, son palabras de mi Hijo dirigidas a aquellos fariseos que se mofaban de él.

¡Oh dolor! También hoy muchos de los que se dicen sus hijos se encuentran en las mismas condiciones, porque, como él también lo dijo, «desde Moisés hasta el presente se viene anunciando el Reino de Dios y cada cual ha de esforzarse por entrar en él»; pero cada uno se ha “esforzado” en vivir cómodamente en el reino de este mundo, que nada tiene que ver con el Reino de Dios.

Hijitos, es doloroso lo que voy a deciros, pero de ello depende la salvación de vuestras almas, de ello depende la salvación de tantas almas que se encuentran desconcertadas como ovejas sin pastor, almas de buena voluntad que desde el fondo de sus corazones suspiran por encontrar la puerta de entrada de ese Reino de mi Hijo. Pero no hay quien les enseñe el camino, no encuentran esa luz verdadera que pueda guiarles hacia El, porque aquellos que han sido elegidos para dirigirles han dejado apagar la “lucecita” que se les dio, y ellos mismos no saben por dónde caminan. Y en esta confusión, hijitos, se han fabricado muchos caminitos humanos, que cruzan y atraviesan, sí, el Camino, pero que no es la vía recta que les conducirá a la casa del Padre. Sí, hijitos de mi corazón, ésa es la verdad, la única verdad. Por eso las almas se pierden, porque en esa confusión, en esos caminitos trazados por los

hombres, con buena voluntad, sí, pero allí se apostan los ángeles de las tinieblas, que sirven al infiel, usando todas sus astucias, casi siempre con apariencias de bien, para mantenerles distraídos y no se den cuenta que el Camino verdadero va quedando atrás.

Es por ello que yo misma me presento en esta “hora” decisiva para la humanidad, trayendo la luz esplendorosa del Espíritu para alertar y guiar a esas almas de buena voluntad, que padecen hambre y sed de Justicia. Ellos serán saciados, sí, porque mi Hijo se levanta con esa Cruz convertida en espada triunfante para partir en dos al enemigo infernal a quien mis pies han aplastado la cabeza. Y con él, con el enemigo de vuestras almas, serán partidos también todos aquellos que conscientemente han contribuido en su causa.

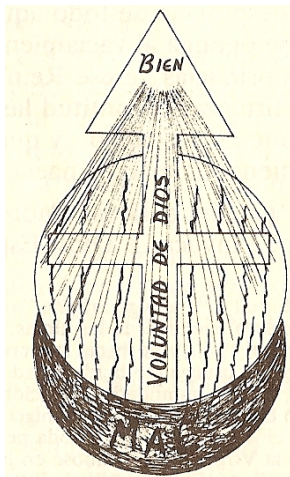
Hijitos, os amo mucho, sí, pero nada podría hacer por vosotros si vosotros me resistís. ¿Entendéis, hijos? Sed dóciles en recibir las enseñanzas que mi Corazón os quiere dar. Pero también os digo: *esforzaos* por entrar en el Reino de Dios.

El Reino de Dios no es para pusilánimes y cobardes; el Reino de Dios lo arrebatan las almas fuertes, valientes, decidoras. Sí, fuertes en la fe; valientes para despojarse de todo aquello interno o externo que se oponga al vaciamiento necesario para recibir las primicias de ese Reino; decidoras en decidir con firmeza y prontitud las situaciones difíciles que pone el “enemigo” y que distraen la atención, deteniendo la marcha hacia el Fin.

Hijos, dad gracias a Dios, Padre; humillaos ante Dios, Hijo; e invocad a Dios, Espíritu Santo, para que desde este día (en que habéis conocido el Mensaje) comencéis a vivir una nueva vida.

Os prometo ayudaros. Os prometo, hijitos, llevaros en mi Corazón. Os prometo daros las fuerzas necesarias para cumplir todo aquello que os pide mi Hijo. El es el Camino

verdadero, allí le tenéis (dibujo un esbozo, barrunto, de lo que vi” o comprendí):



Esa esfera representa el mundo de las almas.

Ese triángulo refulgente de luz es la Trinidad Santísima, fuente de todo Bien, es la casa del Padre, ¡es el Reino de Dios!

Esos rayos de luz que se dirigen a la esfera significan la acción del Bien sobre las almas.

Ese semi-círculo oscuro en la parte inferior de la esfera representa el poder de las tinieblas; es la fuente del Mal; es el mismo infierno, hijos míos, que despidе su vaho venenoso al mundo de las almas; la acción del “Mal”, al cual por Justicia Divina le es *permitido* actuar conjuntamente con el bien, por libre aceptación del hombre, desde el pecado original.

Es por ello que veis la esfera (ver el grabado) cubierta de luz y de tinieblas al mismo tiempo. ¿Lo veis? ¿Comprendéis?... Está cubierta toda la esfera del vaho venenoso, menos por una estrecha franja en forma de cruz que parte la esfera en

dos. ¿Os dais cuenta?.. Contemplad, medita, medita, hijitos, desde lo profundo de vuestras almas y comprenderéis, veréis claro.

Ese es el camino verdadero: la Cruz de mi Hijo, no hay otro camino para llegar al Padre.

¡Cuán difícil, hijitos, entrar de lleno en ese Camino! La puerta es estrecha, tan estrecha es la puerta, que para entrar por ella no se puede pasar si no os habéis despojado de todo, de todo, hijitos, *todo cuanto no sea Voluntad del Padre*.

¡Oh hijos míos! ¡Voluntad de Dios!... ¡Cuánto encierran estas tres palabras que forman la verdadera santidad: “*Voluntad de Dios*”! ¡Cuán fácilmente se pronuncian!, pero, ¡cuánto cuesta vivirlas!

Hijos, voy a revelaros un secreto... el secreto de mi vida en la tierra. Vosotros creéis que me conocéis, vosotros creéis que conocéis a mi Hijo, vosotros creéis que conocéis a mi esposo y fiel custodio, José. No, hijos míos, vosotros conocéis el “ropaje” de unas vidas que dieron comienzo a una Doctrina, pero vosotros no conocéis el secreto de la Trinidad en la Tierra, de unas vidas consagradas al servicio del Padre, de tres vidas, tres almas fundidas en una sola Vida por medio del Espíritu: vida de Dios, Espíritu del mismo. Sí, Espíritu Santo, engendrador de la vida verdadera. ¡Cuántos misterios, hijos, que los hombres en su afán de conocimientos, conocimientos humanos, no han podido penetrar y han querido darles la forma de sus mentes hinchadas de necia sabiduría!

Hijitos, Dios se revela a los pequeños y humildes de corazón; *humildes de corazón*, entended esto, no humildes de apariencia. La humildad, hijos míos, es hermana de la pureza y, así como ésta, es como un lirio blanco que crece en su tallo sin tocar la tierra, aunque sus raíces brotan de ella; la humildad es el cáliz que se oculta en el centro profundo de ese lirio y a la vez le sostiene. Y, este lirio a veces crece tanto, tanto, que traspasa la esfera terrestre y va a dar a la morada de Dios;

por eso sólo El puede ver ese cáliz, esa flor; la tierra mira el tallo solamente.

Y aquí os he revelado el comienzo de una vida: la Madre de Dios en la Tierra. ¿Habéis comprendido?...

Hijitos muy amados de mi corazón, elevad vuestras mentes a Dios, mirad hacia ese Triángulo Divino, Trinidad Santísima. Entonces comprenderéis la Trinidad en la Tierra.

Os prometo, hijitos, de acuerdo a vuestra entrega, de acuerdo a vuestro renunciamiento al espíritu del mundo”, iros descubriendo el misterio. Recibiréis mis inspiraciones de acuerdo a vuestro recogimiento. Procurad cada día dedicar un poco de tiempo a la meditación y al silencio. Mirad estos grabados. Yo os hablaré a vuestras almas. No os preocupéis si al principio no podréis sentirme. Orad, guardad silencio, no solamente silencio exterior sino silencio de todas vuestras potencias. Manteneos en paz. Perseverad, *perseverad*, hijitos, y recibiréis la luz, una luz radiante que os guiará y os conducirá a las mismas puertas de su Reino, y El, El mismo, hijitos, os recibirá con el corazón rebosante de amor y os dirá:

«Venid, benditos de mi Padre, porque habéis perseverado, habéis vencido conmigo al mundo. Venid a reinar conmigo, los elegidos de mi Madre».

Sí, hijitos de mi corazón, así será, os lo prometo desde este día.

Os guardo en mi corazón.

*Caracas, Venezuela,
18 de abril de 196*

La verdadera libertad

La verdadera libertad depende de la sumisión a la Voluntad de mi Padre y vuestro Padre Eterno. Es libre aquel que llega a ser lo que “es”. El hombre no puede ser libre mientras quede en él algo de pecado: amor propio, pues él fue creado a “imagen y semejanza” de Dios, eso es, “imagen y semejanza nuestra”. Mientras exista en él otra “imagen”, otra “semejanza” distinta a aquella como fue creado, el hombre es esclavo de sí o del otro”. Toda otra voluntad que no sea Voluntad de Dios representa una atadura que impide su libertad.

Yo os he dado la libertad cuando tomando un cuerpo como el vuestro vine a cumplir la Voluntad de mi Padre y en el rollo de la Ley se escribió de mí: «Heme aquí, que vengo a cumplir tu voluntad, y en hacer tu voluntad, Dios mío, Padre mío, está mi complacencia».

El mismo hombre a quien yo venía a libertar debía elegir la “forma” de su liberación, que la Justicia de mi Padre dejaba a su libre albedrío. El hombre eligió el sacrificio de la cruz y por eso nadie, absolutamente nadie puede salvarse sin pasar por ella'. La “Cruz” no ha sido una invención mía, no ha sido un decreto de m Padre, el mismo hombre lo quiso y dispuso así. Para la realización del Sacrificio debían prestarse los “instrumentos”. Nadie, absolutamente nadie puede salvarse sin pasar por ella'. La “Cruz” no ha sido una invención mía, no ha sido un decreto de mi Padre, el mismo hombre lo quiso y dispuso así. Para la realización del Sacrificio debían prestarse los “instrumentos”, cada uno era libre de decir “sí” o “no”. Satanás dirigía a aquellos instrumentos con fines muy distintos de la redención; los instrumentos respondían con

otros muy diversos fines. El orgullo, amor propio, satisfacción personal era el fin de éstos; perdición, muerte eterna era el fin perseguido por Satanás; y el mío, cumplir la Voluntad de mi Padre: la Redención del género humano.

El hombre elegía la “forma” de su liberación de acuerdo a cómo respondía ante la Voluntad de Dios, manifestada ésta en sí mismo o a través de los instrumentos enviados por Dios. Ante Jesús, quien manifestó que venía a cumplir la Voluntad del Padre, Dios, los hombres respondieron eligiendo para él la pena máxima de muerte, clavándole en la cruz para satisfacer sus ambiciones egoístas, dando más importancia a los intereses de este mundo que a la Voluntad de Dios: el “poder”, el “lugar santo”, la “nación”, etc. De este modo los hombres hicieron una separación entre Dios y el mundo; por tanto, el hombre tiene que el Uno u otro esa separación es la que convierte en “cruz el camino hacia Dios. Nadie puede ser redimido de la orientación a sí mismo, acción del ángel caído, sin pasa!. Por el sufrimiento: lo que estaba llamado a ser un gozo por la transformación de lo humano en divino se convirtió en sufrimiento por el sacrificio de lo humano y del mundo en que vive. Esa separación entre Dios y el mundo humano se fue realizando poco a poco a través del tiempo, a medida que los hombres re-

Todas, absolutamente todas las-almas son llamadas a la redención, pero sólo aquellas que se identifiquen con el Redentor son en verdad redimidas, como lo tenéis escrito ya.

Ahora, hijos míos, podréis comprender mejor aquellas palabras mías dirigidas al traidor: «Porque el Hijo del hombre sigue su camino, según está decretado, pero ¡ay! de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado, mejor le fuera no haber nacido». Porque habiendo elegido el hombre la “forma” de redención faltaba el “instrumento” que libremente entregase al Hijo del Hombre en manos de sus verdugos. Judas fue llamado para ser “hijo de Dios”, pero él *libremente* eligió por

padre a Satanás, haciéndose “hijo de perdición”, cumpliéndose así las Escrituras.

Antes de mi venida a este mundo como Redentor de la Humanidad ya había sido rechazado y decretada mi muerte por aquellos falsos seguidores de la Ley. Isaías me vio crucificado y deseó morir conmigo. Y como Isaías otros profetas y patriarcas me vieron de lejos y se unieron a la Redención.

Quedaron las Escrituras para amonestación de los hombres, pero el amor a sí mismos endureció sus corazones y cerraron sus ojos a la verdad, declarando reo de muerte a quien venía a traerles la Vida.

Esta no es una historia pasada. hijos míos, ella se repite a través de generaciones, y en este siglo en que vivís volverá a tener cumplimiento, pero ya no para crucificar al Hijo del hombre, sino para poner fin al tiempo, “tiempo” que les está llamando a *penitencia* para entrar en la eternidad, quien al Reino eterno del Hijo de Dios, quien al “fuego eterno” del hijo de la iniquidad”.

Vosotros, hijos míos, sed fieles en el cumplimiento de la Voluntad de mi Padre, sed dóciles en dejaros guiar por mi Madre. No tratéis de conocer más allá de lo que mi Padre y yo por medio de nuestro Espíritu os vayamos revelando. Cada uno recibiréis de acuerdo a vuestra entrega, de acuerdo a vuestra fe. No os distraigáis en ningún momento, mientras no sea quitado el “impedimento”, Satanás tratará de confundiros. De vuestra humildad depende su derrota.

16 de octubre de 1964

Hijos, la soberbia confundió a aquellos representantes de la Ley. La soberbia tiene confundidos a estos “representantes” de mi Autoridad'. El “conocimiento”, que es luz, sin humildad se

convierte en tinieblas. Por eso os digo que la historia se repite; y el hombre en su soberbia está usando aquellos conocimientos que le han sido dados por mi Padre para su salvación en su propia destrucción.

Entrar en el “fuego eterno de] hijo de la iniquidad” es afirmar definitivamente la libertad humana en sí misma identificándose con el ángel caído.

Dejarse guiar por la Madre de Jesús es hacer lo que hizo María: recibir la Palabra de Dios identificándose incondicionalmente con ella: «hágase en mí según tu palabra».

Así como aquellos falsos seguidores de la Ley eligieron la forma de su liberación crucificando al Hijo de Dios, así estos falsos seguidores de mi Doctrina llevarán a cumplimiento la Justicia de mi Padre dándose ellos mismos el precio de su pecado.

Sí, hijos muy amados, vosotros los hombres no habéis comprendido el Corazón de un Padre que, después de haberos creado, os salva y sostiene. Vosotros habéis confundido el *Amor* con la *indiferencia*. Vosotros lo habéis confundido todo, porque permaneciendo en vosotros mismos habéis llegado a concebir un Dios de acuerdo a vuestros ciegos razonamientos y no de acuerdo a una fe viva. Y el tiempo que se prolonga para salvación lo habéis interpretado como un olvido de vuestro Creador. Por ello os digo que habéis confundido el Amor con la indiferencia. Vosotros no habéis valorado el “tiempo” que el Amor de un Padre Eterno os ha concedido para penitencia y habéis hecho de ese tiempo de penitencia un reino perpetuo de vuestros pecados”. He ahí el “fuego eterno” que habéis construido con vuestras propias acciones. Vosotros habéis usado la libertad, que como un don preciosísimo os fue concedida para que pudieseis elegir la Vida eterna, para elegir vuestra propia muerte.

Vosotros no conocéis la Justicia de mi Padre y queréis llamar “justicia” el fruto de vuestra iniquidad.

Vosotros, hombres, *lo conoceréis todo* cuando tengáis que presentaros ante mí, cuando os pediré cuenta de vuestro proceder y las gracias que os he dado.

Vosotros comprenderéis *todo* cuando tengáis que dar cuenta a mi Padre del precio de mi Sangre vertida por vosotros en la Cruz.

Vosotros comprenderéis *todo* cuando el mismo Abogado que os envié venga a pedir os cuenta de lo que habéis hecho en su nombre. Entonces desearéis volver al “Tiempo” para hacer penitencia, pero ya no podréis retroceder, porque así como el viento sopla y se pierde en el vacío sin volver de donde salió así vosotros seguís vuestro camino y cada quien se “perderá” en aquel para quien ha trabajado. Donde habéis puesto vuestro corazón allí estará el final de vuestro camino, porque donde está vuestro tesoro está vuestro corazón y quien no está conmigo, está contra mí. Estar conmigo es cumplir la Voluntad de Aquel que me envió.

Vosotros habéis hecho también de mí un Cristo de acuerdo a vuestras ambiciones y por eso también el Padre os envía lo que vosotros habéis deseado, un espíritu de engaño y de mentira, de acuerdo a vuestras obras.

Para mis seguidores fieles perviven aquellas palabras que pronuncié estando todavía entre vosotros:

«Mirad que no os dejéis engañar, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Soy yo” y “el tiempo es éste”. No los sigáis, éstos extraviarán a muchos». Pero vosotros, los que vivís según mi Espíritu, estad seguros, porque con mi Espíritu viviréis. Y no necesitaréis que nadie os llame, que nadie os diga “aquí está”, porque mi voz llegará a los de lejos y a los de cerca conjuntamente y en un abrir y cerrar de ojos convergerán al “lugar” donde serán apacentados por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo; cuando os conduciré luego a mi Padre y vuestro Padre Eterno.

Hijos míos, muy amados de mi Padre y vuestro Padre, os repito: *no es tiempo de distracciones*, velad y orad para no caer en tentación. Uníos a vuestra Madre, es ella la “nave segura” de salvación, es ella quien os conducirá al puerto seguro. Ofrecedlo todo por el cumplimiento de la Obra de su Corazón Inmaculado.

Sed “ambiciosos” en el sufrimiento deseáis la comodidad, abrazad con amor toda penuria como el tesoro más preciado para vuestra salvación. Vivid en la cruz de cada día, no olvidéis que en ella está vuestro Salvador; no me encontraréis en otro lugar. Cuando sufráis, cuando seáis burlados y despreciados por el mundo” es porque estoy en vosotros. El mundo ama lo que es suyo. Yo no soy del mundo, y vosotros, mi fiel “rebañito”, tampoco sois del mundo; ésta es la señal que os indicará si sois o no de mi “rebañito”: si amáis el mundo y el mundo os ama a vosotros es porque ya no pertenecéis a mi rebaño, os habéis salido de él para seguir a “aquel” que es el “príncipe de este mundo”.

Muchas cosas tengo que deciros todavía, estad atentos a mi llamado, porque después ya no podré manifestarme. Pero no os preocupéis; si me recibís plenamente ahora, seréis entonces “uno” conmigo, porque el mismo Espíritu estará con vosotros.

Amaos los unos a los otros permaneciendo en mi Amor. No lo olvidéis, sin mí no podéis nada. de vosotros mismos para que podáis *permanecer* en mí y yo os conduciré al Padre, que tanto como a mí os ama a vosotros, porque vosotros estáis en mí como yo estoy en El.

¡Permaneced en mi Amor!

Corralito, Venezuela,
17 de octubre de 1964



¡Si en este día
comprendierais a vuestra Madre!

Hijitos de mi corazón, a vosotros, los “llamados” por el Padre, los elegidos de mi corazón y del corazón de mi Hijo, dirijo mi palabra en este día haciéndoos un nuevo llamado. Vengo, hijitos, con un grito suplicante que se ahoga en mi garganta, porque quizá, quizá hijitos, no pueda volver a llamaros.

¡Oh, hijos míos, si en este día comprendierais a vuestra Madre! Si en este día tuvierais la firme decisión de entrar de lleno en este Corazón que os llama con un grito suplicante: ¡No dejéis pasar la “hora” de vuestra luz!

Hijitos, el tiempo pasa y vosotros, aquellos que desde hace un tiempo vengo preparando, permanecéis todavía, algunos, muy “arraigados” en el mundo, viviendo de su espíritu. No es, hijitos, que he de sacaros del mundo, sino que vosotros *libremente*, si es que habéis gustado el Espíritu de mi Hijo, debéis renunciar *de hecho*, no sólo de palabra, a ese “espíritu del mundo”; de lo contrario no podéis entrar de lleno en mi Corazón.

Vosotros debéis meditar seriamente, profundamente, mis palabras y aquellas palabras de mi Hijo, recibidas por medio de este “instrumento”, en nuestros mensajes.

Vosotros habéis recibido mucho, ¡cuánto!... Vosotros habéis visto... Vosotros habéis escuchado... Vosotros habéis leído, y, vosotros también habéis tenido un ejemplo vivo. ¿Qué decís? Yo misma me he manifestado a vosotros en una forma que vosotros todavía no llegáis a comprender. Y si todavía no llegáis a comprender es porque vosotros habéis

vivido en la superficie, no habéis descendido a lo profundo.

¡Alerta, hijitos!, os prevengo, estáis jugando con fuego, Fuego de Dios, “fuego” del que podéis hacer vuestra delicia o vuestro tormento de mañana.

Hijos, por ahora no podéis seguir recibiendo más mensajes. Aquellos mensajes que seguirán llegando al “instrumento” los recibiréis individualmente, a medida de vuestra unión con el Espíritu de Dios, a medida de vuestra entrega, entrega que tendrá como consecuencia una transformación en vuestras vidas, en vuestras obras y vuestros sentimientos. Si no sentís, si no palpáis esa “transformación”, ese cambio en vuestra vida es porque la entrega no ha sido verdadera y total.

Cada uno de vosotros debe responsabilizarse ante Dios de acuerdo a lo que ha comprendido. Cada uno, particularmente, tiene una gran responsabilidad y de acuerdo a las gracias recibidas tendrá un día que dar cuenta a mi Hijo. Es por ello que nadie puede juzgar de lo que ve en el otro, porque sólo el alma y Dios saben lo que ha “recibido” y cómo ha correspondido en aquello que “recibió”.

Sí, Dios da a el alma el conocimiento de sus faltas, pero muchas veces esa alma no tiene la humildad para aceptar la reparación que se le exige, aunque reconoce su falta. Ese “conocimiento” es también una gracia, un llamamiento de Dios que al aceptarlo el alma con humildad y espíritu de reparación se hace acreedora a aquella gracia necesaria para reparar la falta. Pero, ¡cuántas veces ese “llamamiento” de mi Hijo para perdonar e impulsar al avance del alma en el camino de la santidad se convierte, por soberbia, en un obstáculo que, poco a poco, termina en un endurecimiento que no le dejará ver aquélla ni otras faltas, llegando a un afianzamiento en sí mismos creyendo que están afianzados en Dios!

Hijitos, entrad en vosotros mismos, medita... conversad” con vuestro Dios, vuestro Salvador, siempre y en todo lugar, y muy especialmente cuando le recibís en la Eucaristía.

“Conversar” no es hablar solamente, sino esperar la respuesta. ¿Entendéis?

Sí, hijitos, humillaos de corazón y recibiréis gracias abundantes.

Hijitos, de manera especial estaré un tiempo más con vosotros llamándoos interiormente para uniros a mi corazón y en él con el Espíritu de mi Hijo, quien impulsará en vosotros una “nueva vida”.

Apresuraos, hijitos de mi corazón; os repito: debéis identificaros *ahora*. El tiempo pasa y llegando está el momento en que ya no podréis recibir la luz, luz que en su plenitud podéis recibir ahora!

Hijos, no son palabras las que confirman vuestra fe, es la vida, la vivencia de esa fe. No es cristiano el que conoce por referencias a Cristo, aunque lleve el sello del bautismo; cristiano es aquel que vive *identificado* con Cristo en un mismo Espíritu. ¡Identificaos con mi Hijo por su Espíritu! No podéis decir que sois de mi Hijo mientras vivís identificados con el “espíritu del mundo”, que nada tiene en mi Hijo. Meditad su Evangelio, vivid su Doctrina.

No existe otro medio, otro camino para esa identificación que aquel que El mismo recorrió por vosotros, y para ejemplo de vosotros se escribió.

¿Por qué, hijitos, perdéis el tiempo en preguntas y razonamientos que no harán más que apartaros de la verdad? ¿Dudáis de los mensajes?... ¿Dudáis del “instrumento”? ¡Tenéis el Evangelio!, tenéis el ejemplo de los santos de todos los tiempos, ¡tenéis la Eucaristía! ¡Vividlo! ¡vividlo! eso basta, no necesitáis más. No os pido que creáis en “ella”, no os pido que creáis en los mensajes, si es que no queréis creer. ¡Os ruego que creáis en mi Hijo para que seáis salvos!

Crear en mi Hijo, Cristo, vuestro Salvador, es ¡vivir su vida! Creer en mi Hijo es ¡vivir crucificados por vuestros

hermanos! Creer en mi Hijo es ¡cumplir la Voluntad del Padre!

Esto es lo que os pido y vengo pidiendo desde hace mucho tiempo. Allí tenéis a Lourdes, Fátima, La Salette y ¡cuántas!... Y os prometo daros todo para que lleguéis a esa “identificación”. Porque mi Hijo y el mismo Padre me han dado para vosotros todas las gracias que necesitáis, pero es de acuerdo a vuestra cooperación que puedo distribuir esas gracias a cada uno de vosotros.

Ya os dije, hijitos, que debíais “prepararnos” para que vayáis ocupando vuestro puesto en la Obra de la Redención. Ya muchos de “mis hijos” esparcidos por el mundo comienzan a ocupar los suyos. De ello depende el advenimiento del Reino de mi Hijo y la salvación de vosotros. Pero mientras no vayáis identificándoos con el Espíritu de Dios, mediante vuestra renuncia en las obras al “espíritu del mundo”, no podréis contemplar la Obra de Dios en todo su conjunto, y hasta que no lleguéis a la *vivencia* de esta realidad por la fe, no podréis conocer el “puesto” que el Padre os ha asignado en la Obra de la Redención. Cuando lleguéis a ese “conocimiento” es porque ya habéis comenzado a “entrar” en ella; que es comenzar a vivir vida de santos, vida de Dios, porque empezáis a participar de un todo del Espíritu del Santo de los santos. El único que puede llamarse Santísimo, porque es el mismo Dios. Entonces entráis en el “Cuerpo” de mi Hijo.

Sé bien, hijos míos, que algunos de vosotros no podéis comprender estas cosas todavía, aun aquellos que creen comprender no alcanzan toda su profundidad. Pero si meditáis en mis palabras, y más aún tratáis de escucharme en vuestros corazones un poco cada día, identificándoos conmigo, se irá haciendo en vosotros la luz con tanta claridad que llegaréis a sentir que estáis viviendo en el cielo. Y vuestro gozo será inmenso; vuestra dicha, vuestra felicidad, hijitos, nadie, nadie podrá quitaros ya. Porque vuestra fe será tan viva que viviréis más de lo que no ven vuestros ojos ni palpan vuestras manos.

Esta es la vida de los hijos de Dios en la tierra, la vida de aquellos que han alcanzado la libertad del espíritu.

¡Oh, hijos míos, con nada de este mundo se puede comparar la felicidad de esas almas, que gozan de un cielo anticipado! Esos han dejado el “tiempo”, porque aprovechando el tiempo que se les dio para hacer penitencia, viven ya en la “eternidad” de los justos.

Si posible fuera a los ángeles tomar un cuerpo para padecer, ni uno solo de todos los ángeles que sirven a Dios renunciaría al dolor por el gozo que viven, con tal de unirse de esa forma a la Obra de la Redención. Y vosotros, mis amados hijos, lo tenéis a vuestro alcance y renunciáis a él cada día. Vosotros no sabéis convertir el dolor en “gozo”, porque no vivís identificados con mi Hijo, quien se hizo “dolor” para cada uno de vosotros.

¿Sabéis, hijos míos, cuál es la advocación en que más me gusta ser invocada? En la advocación de la Virgen del dolor o la “Dolorosa” como me llamáis. Y cuando acudáis a mi Corazón, invocadme como “Corazón dolorido”; os haré entonces gustar” mi dolor y sabréis lo que es el gozo en el dolor, cuando se vive identificados con Dios.

Hijitos, ¡cómo quisiera identificaros con mi Corazón en un solo Amor, en un solo Querer: Voluntad de Dios! ¿Cómo conocerla?... Hijitos, no podéis conocerla sino por el Amor. Identificaos con el Amor, el Espíritu de Verdad que os enseñará todas las cosas.

Humillaos, humillaos, haceos “pequeñitos” para que podáis sentir su dulce y suave influjo. Silencio dentro de vosotros mismos. Olvido de lo creado, ¡atención al Creador!

Os guardo en mi corazón.

*Madrid, España,
15 de enero de 1965*



Mensaje de Jesucristo

El trabajo

Hijos míos, el trabajo honra y dignifica, sí, pero no olvidéis que no se hizo el hombre para el trabajo sino que el “trabajo” fue decretado para ayudar a purificar al hombre. Hay quien vive para trabajar y hay quien trabaja para vivir. Son dos cosas muy distintas. Cuando el trabajo se aparta de aquel fin para el cual fue decretado: para “purificación” del hombre, se convierte en peso aplastante que embrutece al hombre, haciendo del “medio” que debe llevarlo a su Creador principio de un fin egoísta que le aparta de El, no pudiendo entrar en el “descanso” que le está reservado en la eternidad porque pone su corazón en esas cosas temporales y no en realidades eternas. El hombre, inducido por Satanás, ha cambiado totalmente los valores; es por ello que debéis “retroceder” en vuestros conocimientos equivocados para poder recibir la Sabiduría y con ella podáis apreciar el verdadero valor de las cosas. Este “retroceso”, que os llevaría a la “ignorancia” de niños, es obra de la gracia, pero es imprescindible vuestra cooperación *libre y operante*; sin ella nada puede hacer la gracia.

Hijitos, si me dejáis obrar en vosotros, “destruyendo” todo cuanto habéis “construido” en cooperación con vuestro “enemigo”, espíritu del mal, podré “construir” en vosotros mi templo, librándoos por siempre de ese espíritu maligno que quiere destruir en vosotros las bases sólidas que habéis recibido en vuestro bautismo.

Lo que importa no es la forma de trabajo, sino la purificación que se realiza por medio de ese trabajo, que es obedien-

cia a mi Padre; éste puede ser espiritual o material, no es a vosotros a quien toca elegir uno u otro sino a vuestro Salvador que sabe dónde está vuestra purificación. Por tanto, el fruto de ese trabajo debéis esperarlo de mí y no de los hombres, a quienes puedo usar como “medios” o “instrumentos” de mi retribución. He ahí el abandono que os pido para poder realizar en vosotros y por medio de vosotros ese “Mundo eterno” que venís anhelando con más o menos conciencia: el Reino de Dios. Este no puede venir si no me dejáis primero reinar en cada uno de vosotros, es voluntad de mi Padre y vuestro Padre Eterno.

Hijitos, acudid a mi Madre y vuestra Madre, confiadle vuestro cuidado y sentiréis su protección constante. Ella os quiere guiar, dirigir, fortalecer, para que podáis, “fuertes”, combatir en la hora de la prueba. Pero vosotros os distraéis con muchas cositas que como “entretenimiento” os presenta vuestro “enemigo” para desviamos del camino estrecho donde debéis armaros para vencerle antes de que llegue la plenitud de su poder. Entonces, hijos míos, será muy difícil vencer, porque estaréis desarmados, débiles, y seréis vencidos. Este debe ser vuestro “trabajo” principal: armaros de la Verdad, fortalecemos con la Luz, identificándoos con el Amor, Espíritu de Luz y Verdad, para vencer el error y las tinieblas, el espíritu del mal, Satanás, que vendrá con toda la fuerza de su odio infernal, *amparado* con el poder que la Justicia de mi Padre pondrá a disposición de aquellas almas que *libremente* le han aceptado.

También por Justicia de mi Padre estáis siendo avisados vosotros *insistentemente* y de vuestra cooperación *ahora* depende la salvación de muchas almas. Y de ello debéis dar cuenta a Quien vendrá como Juez a poner fin al “Tiempo” y al “trabajo” para entrar en el “descanso” eterno o en el “fuego” eterno. Ese “descanso” por el cual suspiran los santos, porque ellos no se fatigan, pero “trabajan” por el Reino de Dios que debe recibir a todos los “elegidos” y no

puede manifestarse hasta que no “entre” el último de ellos.

¡”Trabajad”, hijitos, para entrar en el Reino de Dios y podáis gozar de un eterno descanso en vuestro Creador!

*Corralito, Venezuela,
2 de octubre de 1965*



Mensaje de Jesucristo

La verdadera caridad

Hijos míos, la “caridad” es el “quehacer” del Amor de Dios, por eso dice mi apóstol: «Dios es caridad». Un alma “caritativa” es aquella que deja *actuar* al Amor.

Yo os di la más perfecta caridad cuando en el madero de la cruz pronuncié aquellas palabras: «Todo se ha consumado». Mi vida fue toda caridad, porque el Verbo de Dios estaba “actuando” continuamente. Mi humanidad no fue nunca un impedimento para su manifestación; la caridad de Dios hizo como una nueva creación dando la Vida a una “humanidad” que estaba muerta por el pecado.

Si en el mundo no hay “caridad” es porque las almas no dejan actuar a Dios de acuerdo al beneplácito de su Voluntad, a ejemplo de mi Madre, para que por ellas se manifieste el Verbo que soy Yo.

Hijitos, dejadme a mí hacer la caridad. ¿Cómo podéis dejarme hacer la caridad?... Contemplad a mi Madre: «Hágase

en mí según tu palabra ... ». Y la “Palabra” de Dios se hizo “carne”, tomando un cuerpo para manifestarse a los hombres. La Palabra de Dios creó todas las cosas y les dio vida, y esa misma Palabra no ha dejado de «actuar». Ésa es la “caridad”, el Amor, que, como la “Palabra”, quiere manifestarse a los hombres. Si la caridad de Dios se manifestó enviando Dios al mundo a su Hijo Unigénito para que todos tengan Vida por El, el Padre y el Hijo desean enviar *ahora* su misma “Caridad” para que todos los hombres Vivan con El: para que todos sean “uno” en el Amor del Padre y del Hijo.

¿Por qué en el mundo no hay caridad? Porque el mundo rechazó y sigue rechazando la Verdad, y donde no está la Verdad, que es la Palabra del Padre, no puede haber caridad que es la “manifestación” del Amor del Padre.

Dios es caridad. Entregaos a Dios para que en vosotros y por vosotros se “*manifieste*” el Amor. Entonces tendréis “caridad”.

Hijitos, en esto conoceréis si sois de Dios, en que os améis los unos a los otros, porque la caridad procede de Dios y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios, porque el Amor de Dios habita en él y le da a conocer todas las cosas. El Amor de Dios es fortaleza, es paciencia, benignidad, humildad, pureza, justicia y verdad en la perfecta libertad.

No *permanece* el Amor de Dios en el alma que no esté identificada con la Voluntad del Padre, porque no pudiendo “actuar” en ella a causa de ‘¡ impedimento que pone su libertad se impide la caridad’, que es el Corazón del Amor que impulsa o transmite la Vida a toda criatura. Mi madre fue la criatura, que, identificándose totalmente con la Voluntad de mi Padre, recibió el “Corazón” de esta “nueva vida” que obtuve para vosotros en el madero de la cruz: «Mujer, he ahí tu hijo... Hijo, he ahí tu Madre...».

La Voluntad de mi Padre era el único amor de mi Madre, por eso en ella estaba continuamente la “Caridad” fortalecién-

dole en su dolor.

Fue al pie de la cruz del Calvario donde mi Madre dio a vosotros su más inflamada caridad, porque ella, identificándose conmigo en la Voluntad de mi Padre, me estaba dejando hacer la caridad: la Redención del género humano.

¿Comprendéis ahora, hijos míos, qué es “caridad”? Es dejarse crucificar en la Voluntad de mi Padre y vuestro Padre Eterno, dejándome a mí, la “Palabra”, hacer la caridad, “manifestación” del Amor de Dios.

Judas se escandalizó cuando María, ungiendo mi cuerpo para la sepultura, manifestaba su amor, porque en él no estaba el Amor de Dios, no tenía caridad; porque ya era “movido” por Satanás, que, con apariencia de bondad, le impulsaba a robar para socorrer a los pobres. “Robar” lo que pertenece a Dios para darlo a los “*hijos de Dios*” no es hacer caridad. Esa es la obra de Satanás para mantener a las almas buenas lejos de Dios; pensando que sirven a Dios prestan servicio a Satanás.

¿En qué conoceréis que amáis a vuestros hermanos? En la medida en que me dejáis en ellos hacer la caridad: «Amaos los unos a los otros, como yo os he amado», “*como yo os he amado*” en la Voluntad de mi Padre, así debéis amaros unos a otros, porque el Amor que está en mi Padre y en mí estará también en vosotros realizando la Unidad: como mi Padre y yo somos una misma cosa, seréis vosotros también en nosotros.

Hijitos, no impidáis mi “crucificante caridad”, porque ella es redención y vida para cada uno de vosotros. Cuando presento a vosotros la cruz de un dolor, bien sea por una enfermedad, la pérdida de un ser querido, la carencia de bienes materiales, y aun muchas veces la *aparente* carencia de bienes espirituales, la incomprensión de vuestros hermanos y aun la incomprensión de una parte de vosotros mismos, es

porque quiero hacer en vosotros y por medio de vosotros la caridad, redimiéndoos del mal. Abrazad con amor ese dolor, esa crucecita que es parte de mi Cruz redentora. Acudid en esos momentos a mi Madre y decidle que os enseñe a dejarme hacer la caridad por vuestros hermanos como ella me dejó hacerla por vosotros. Entonces podréis decir, hijos muy amados, que estáis haciendo “caridad”, y estaréis al mismo tiempo entrando en la Redención para completar lo que falta en vosotros. Solamente así seréis redimidos de vuestras faltas, porque recibiendo “mi caridad” recibiréis el Espíritu de Luz y quedaréis libres del espíritu de tinieblas que impide a vuestras almas *permanecer* en la luz de la Verdad y el Amor, que es Paz y Bien.

Como Judas se escandalizó por el amor de Magdalena a la Verdad, que le había liberado del error y del pecado, así el “mundo”, los hombres que participan del mismo espíritu que animaba entonces a Judas, se escandalizan de las almas agradecidas, que, rompiendo, como el vaso de alabastro, las ataduras con el mundo, “derraman” todo el perfume de su vida en servicio exclusivo de su Señor, pensando que es un derroche de esa vida que se debería emplear en servicio de los hombres. No tiene ese “mundo” ojos para ver la perfecta caridad, que está precisamente en ese exclusivo servicio a Dios para salvación de los hombres.

Pero la caridad de Dios hacia los hombres se manifestó en que *los amó primero*, enviando a su Hijo como Víctima expiatorio de sus pecados. Así debe manifestarse el amor de las almas a Dios, amando a aquellos que desconocen el Amor de Dios y ofreciéndose por ellos a Dios, como víctima por sus pecados, para que por ellas se manifieste el Hijo de Dios y las envuelva en su Caridad Redentora.

Sí, hijitos, dejadme hacer la caridad! para que todas las almas de “buena voluntad” reciban, mientras queda tiempo,

el fuego de mi Amor, ardiente caridad, y todas puedan ser iluminadas en la verdad antes de que invadan las tinieblas del odio con el error.

Mi Madre os ayudará en esa obra “corredentora” que ella realiza en vosotros y con vosotros, para salvación de todos sus hijos, mi Iglesia militante que amenaza ruina, porque en sus filas está dominando el espíritu del contrario'. Pero ahora mismo pondré al frente a mi siervo Francisco, que con Miguel Arcángel, bajo la dirección de mi Madre, luchará al lado de Pedro para defender un resto” que debe “permanecer” hasta mi venida, cumpliéndose así el Evangelio que hasta ahora vosotros no habéis cumplido.

«Repara mi Iglesia, que amenaza ruina», dije a Francisco, “Juan” de Asís, que debía ser el precursor de mi segunda venida. Pero, como al Precursor de mi primera venida, no le dieron crédito y no siguieron el mensaje -que les traía. La sangre de Juan Bautista unida a mi Sangre fue el “bautismo” que recibió Francisco en el monte Alvernia, dejando así entre vosotros mi “Cruz”, precursora de mi Reino, con la cual “ella” realizará la obra de mi Madre por su Corazón Inmaculado.

Hijos, este “misterio” que ahora vosotros no podéis comprender lo comprenderéis a medida que penetréis en el Corazón de mi Madre.

Os dejo en su Corazón, no os apartéis de él, es la “Nave segura” que os conducirá a mi Reino.

*Corralito, Venezuela,
6 de octubre de 1965*



La práctica de la verdadera caridad

Hijitos de mi corazón y del corazón de mi Hijo, cumpliendo la Voluntad de nuestro Padre vengo a vosotros para daros el conocimiento en la práctica de la perfecta caridad. Ya conocéis por mi Hijo la verdadera caridad. Difícil, muy difícil ejercerla” si no estáis totalmente abandonados en la Voluntad del Padre, fortalecidos por una fe viva y operante. Pero no debéis preocuparos, sino ocuparos en ir identificando todos vuestros actos con esa Voluntad Divina que hará en vosotros maravillas.

Si hizo en mí cosas maravillosas el que es Todopoderoso, fue porque miró la pequeñez de su sierva, complaciéndose en mi “nada”. Es por lo que mi Hijo os viene repitiendo insistentemente ese llamado a la pequeñez de niños, para que podáis recibir de vuestro Padre todo aquello necesario para poder entrar en su Reino. Y la puerta de entrada es la Caridad, sin ella no podéis llegar. Es el salvoconducto de los “elegidos” y de acuerdo a ella seréis recibidos el día de las Bodas; ella es el “traje” que os identifica como invitados a las Bodas del Esposo.

Revestíos, hijitos, de la caridad del Padre, participando “*activamente*” en la Redención, ofreciendo vuestro cuerpo, alma y sangre como víctima expiatorio por todos vuestros hermanos, en el Cuerpo, el Alma y la Sangre de la Víctima Inmaculada.

No penséis que el amor al prójimo ni menos aún el amor a Dios se manifiesta “evitando” ni tampoco “proporcionando” el sufrimiento y el dolor a los hermanos. El amor caridad se

manifiesta en la *identificación* con el hermano por el ofrecimiento personal para uniros en su dolor y sufrimientos de acuerdo a la Voluntad Divina. No ha habido dolor comparable a mí dolor al pie de la cruz de mi Hijo, sin embargo, no pensé en aliviar sus sufrimientos, sino en unirme a la Voluntad del Padre para sufrir con El, pudiendo así derramarse en todas las almas su ardiente caridad, porque dejando El de sufrir en su cuerpo sacrosanto su Pasión continuaba en el mío prolongándose en todas las almas que han hecho lo mismo que hice yo: «Hágase en mí según tu palabra ... ». La voz del ángel traía la palabra del Padre y en esa “palabra” venía la cruz de mi Hijo... «¿Cómo ha de ser eso, si yo no conozco varón?... ». Era la pregunta.... esperaba la respuesta que identificaría para mí aquella “voz”... «La virtud del Altísimo descenderá sobre ti ... ». La “Caridad” de Dios estaba allí dando “forma” a la “Palabra”...

Sí, mis pequeños hijos, abríos *totalmente* para que podáis recibir la “Palabra” del Padre que os descubrirá también una “forma” en la “Caridad”: el Amor se manifestará a vosotros en la misma “forma” que la Palabra, poniendo fin al “tiempo” para vivir en la eternidad inmutable de la Trinidad...

Hijitos, vuestras buenas obras, *brotadas de un corazón puro*, para socorrer a vuestros hermanos, van abriendo camino a la “verdadera caridad”, porque Dios se complace en esas “buenas obras”, que son fruto de sus inspiraciones aceptadas por vosotros. Por esas buenas obras os hacéis merecedores del “conocimiento” de Su Voluntad, y de acuerdo a vuestra obediencia, en el cumplimiento de esa Voluntad, vais recibiendo al “Verbo”, y por El se manifiesta en vosotros su ardiente caridad.

Pero esas “buenas obras” no son la “caridad” de que os ha hablado mi Hijo, ellas os preparan para ser “revestidos” de la Caridad del Padre, “vestiduras” que os darán acceso al Reino

de Dios.

Y el primer paso para recibir esas “semillitas” que darán como “fruto” las buenas obras es la pureza de corazón, porque toda obra para que sea “buena” para Dios debe brotar de un corazón puro, exento de egoísmo. ¡Cuántas grandes obras para el mundo se quedan en el “mundo” y no llegan a Dios, porque son fruto del amor propio con ambiciones de gloria humana o satisfacción personal, *sin mirar puramente el bien del prójimo!*

Toda “buena obra” implica sacrificio. Dar es sacrificarse, porque en esa “donación”, aun siendo material, va algo de sí mismo: la renuncia, no sólo a aquello material, sino la renuncia también a esa satisfacción personal de sentirse “dador”, porque si tiene para “dar” es porque lo ha recibido del Dador, Dios; y esto desde una buena palabra hasta dar la vida. Nada podéis “dar” que no hayáis recibido.

¿Comprendéis, hijitos, cuánto os falta todavía y cuánta necesidad tenéis de mi Hijo para llegar a vuestro Padre? ¿Comprendéis, hijitos, cuánto os falta todavía para llegar a identificaros con mi Hijo para que podáis así recibir su Espíritu Santo? Pero comprended también, hijos muy amados, que lo que vosotros no podéis hacer en toda una eternidad Dios puede realizarlo en vosotros en un solo instante, si sois fieles en cumplir Su Voluntad.

Vosotros ya no debéis vivir en el “tiempo”, vosotros, hijitos, debéis *desde ahora* “estableceros” en la Voluntad del Eterno. He ahí vuestra morada donde encontraréis todo lo necesario para vuestro “peregrinar” en el “tiempo” y para “estableceros” en la eternidad.

Elevad vuestras miradas y vuestros corazones hacia ese Padre que vive esperándoos para daros con su Hijo todo cuanto posee. Porque todo cuanto tiene el Padre es del Hijo y El lo da a quien se identifica con El en la Voluntad del Padre.

Tendréis entre vosotros su “Don” y con El lo tendréis todo: el Amor del Padre y el Hijo, Principio y Fin de todo lo creado.

Hijitos, confiad, confiad en la Palabra de Dios que no os dejará sin su ardiente Caridad. El cumplimiento de la “Promesa” de mi Hijo depende de la fe de vosotros.

Os guardo en mi corazón.

*Corralito, Venezuela,
6 de octubre de 1965*



Mensaje de la Virgen

Veréis los cielos abiertos
y el Arca de Dios, mi Corazón,
como la señal del fin de los tiempos

¡Oh mis amados hijos! Si comprendierais en esta hora el Corazón de vuestra Madre, que os quiere acoger plenamente antes que sea demasiado tarde, y digo, hijitos, *que os quiere acoger plenamente*, porque ello depende de vuestra libertad. Os amo mucho. ¡Ah, sois el precio de la sangre de mi Hijo! Pero, hijitos, para poderos establecer en mi Corazón, “Arca Viva” de Dios donde mora el Santo de los santos, es necesario, mis pequeños hijos, que vosotros os entreguéis plenamente a la Voluntad del Padre, que está en los cielos.

Veréis, hijitos, los cielos abiertos y el Arca de Dios, mi Corazón, como la “señal” de fin de los tiempos; pero si vuestros corazones no están identificados con mi Corazón por vuestra identificación con la Voluntad del Eterno, no podréis comprender y menos aún “recibir” el misterio que ese Corazón encierra.

Apareció en el cielo una señal: una mujer vestida de sol y con la luna bajo sus pies... Y el dragón se paró delante de ella para tragarse al hijo en cuanto pariese, pero el hijo *fue arrebatado para Dios y para su trono.*

Sí, El es el “nuevo David” que ha de reinar por los siglos de los siglos. El es Aquel de quien dijo el profeta: He aquí que viene y ¿quién podrá soportar su venida? ¿quién podrá mantenerse firme cuando aparezca? El es el Ángel de la alianza que afirmará un pacto eterno entre, los hombres y Dios. El es el Esperado de todos los tiempos, ¡el Dios de Israel! Eso es, hijitos, el Tabernáculo de Dios entre los hombres. El es el primero y el último, porque antes de El nada ha existido. El es Aquel de quien dijo mi Hijo: mi Padre os dará un Abogado que estará con vosotros por siempre. El es también el Padre y el Hijo, porque es la *Manifestación viviente* del Actuar de Dios. Esto es, hijitos, la Trinidad en la Tierra.

Hijitos muy amados de mi corazón, a vosotros os ha sido dado conocer este “misterio” oculto desde el principio de los tiempos, y vosotros debéis preparar su venida para que vuestros hijos, vuestros nietos puedan reconocerle antes de que llegue la hora de su manifestación. El os conducirá a las Bodas del Cordero y allí, allí hijitos, reinaréis con El eternamente.

Vosotros veréis algo, muchas cosas que os harán sufrir mucho, entonces, hijitos, ¡alegraos! porque se acerca la hora de vuestra redención total.

Vivid el Evangelio desde ahora para que vuestros hijos reciban en sus corazones a mi Hijo, quien les dará el Corazón de esa nueva vida, descubriéndoles la “forma” de la Caridad del Padre.

Hijitos, no tratéis de medir mis palabras con el tiempo; el tiempo, hijitos, depende de vosotros y sólo podréis acelerarlo *viviendo* la palabra que escucháis en vuestro corazón de parte de Dios.

No esperéis cosas espectaculares, no, hijos míos, las cosas de Dios son muy sencillas y se presentan escondidas en el interior de las cosas que os rodean; para poder descubrirlas es necesario *vivir interiormente*, “escondidos” del mundo en la Voluntad del Eterno.

Vosotros tenéis que ¡ros acostumbrando a mirar las cosas de modo diferente a como las habéis conocido hasta ahora.

Hijitos, ¿sabéis quién fue la madre del Hijo de Dios en la tierra? La más humilde, la más pequeña, la menos conocida criatura humana, una mujer como todas aquellas que habitaban la pequeña aldea de Nazaret. Cada día tenía que ocuparme en los quehaceres corrientes del hogar con mi pequeño hijo y mí fiel compañero, quien tenía que trabajar duro y forzado para darnos el pan de cada día. Nuestra vida no fue en apariencia diferente de la de otros, pero en el interior de nuestros corazones sólo había un deseo y una voluntad firme y decidida: *ser fieles a nuestro Dios*.

Nuestro único recreo consistía en la meditación de las Escrituras; y así Jesús a nuestro lado crecía en sabiduría y gracia delante de Dios y también delante de los hombres porque todos miraban en él un ejemplo de piedad y obediencia a las santas Leyes. Así creció el Hijo de Dios entre los hombres, y cuando llegó la hora de ocuparse de las cosas de su Padre y nuestro Dios, José y yo le dejamos seguir sus inspiraciones, sin comprender todavía muchas de las cosas que hacía; no había cumplido todavía los doce años. Desde entonces la espada anunciada por Simeón se me hizo presente y mi corazón empezó a recibir los latidos de una nueva vida, que significaba para mí la muerte de aquella vida que había conocido. Y esto, hijitos, tenéis que experimentarlo en vuestra propia vida. Solamente así comprenderéis todo cuanto os quiero revelar en estas palabras dirigidas a todos los hijos engendrados en esa “nueva vida”.

Vosotros, hijitos, veis las cosas muy superficialmente, de acuerdo al mundo en que vivís. Se han dicho tantas cosas de mi vida, no siempre la verdad. Recibidas de acuerdo al sentimiento de esas almas sedientas de amor y de verdad, todo ello ha sido recogido para bien, pero no es el fruto del *sentimiento* humano lo que puede engendrar la Vida en las almas, sino el fruto de la Voluntad del Eterno, única simiente de vida verdadera. Y es por ello que hoy vengo a aclarar muchas cosas que hasta ahora han permanecido veladas por Justicia Divina, porque era aquél el sentir y el querer de los hombres. Ha sido lo que el hombre ha dado a Dios y tiene el valor de una ofrenda de la criatura a su Creador, pero no es la verdad de las cosas como son en Dios.

Y si hoy puedo, cumpliendo la Voluntad de mi Señor, dar a vosotros este mensaje, se debe a que, llegando el tiempo de la

consumación del trabajo del hombre, aquellos que han trabajado para Dios y por Dios deben entrar en el descanso, y para ello debe el hombre dejar la *acción* a Dios para que pueda manifestarse su ardiente Caridad que, como os he dicho, tomará un cuerpo, como la “Palabra”, y por la *palabra* del Verbo hecho hombre se manifestará también la Caridad del Padre. Mujer, he ahí tu hijo. Hijo, he ahí tu Madre. En la cruz fue engendrado Este, y brotó de su costado sangre y agua, símbolo de esa “nueva vida” de la cual debéis nacer vosotros - éste es mi Cuerpo que es entregado por vosotros - haciendo realidad *en vosotros* el sacrificio: haced esto en memoria mía.

Hijitos, vosotros os detenéis en el nacimiento de Belén y os olvidáis que aquél era camino hacia la muerte para nacer de nuevo, en la cruz, de la Voluntad del Padre. Meditad, hijitos, ese Evangelio que ahora se os presenta abierto en su interior, tanto tiempo cerrado para vosotros. Vividlo en vuestros acontecimientos diarios, cada uno en la forma de vida que os ha trazado la Voluntad Divina; cuanto mejor aceptéis esos “acontecimientos” que no dependen de vosotros estad seguros que cumplís la Voluntad de Dios, y cuando de vosotros dependa la elección orad, orad, consultad primero con vuestro Padre, que está en los cielos. El os oirá y os conducirá por el camino de vuestra Redención: Nadie viene al Hijo si el Padre no le trae. Estad seguros de la intervención del Padre en vuestras vidas, no lo dudéis, de vuestra fe depende vuestra regeneración.

Hijitos, no pidáis nada, *ofrecedlo todo, ofreceos vosotros mismos*; vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad. Pedid, pedid, sí, que se cumpla en vosotros su divina Voluntad; pedid, pedid así y recibiréis los frutos de su Amor.

Uníos al sacrificio de mi Jesús. Esto hacía yo por vosotros al pie de la cruz y este acto se prolonga en cada uno de vosotros cuando en momentos de dolor acudís a mi corazón de Madre. En vosotros contemplo a mi Hijo y me ofrezco a la Justicia del Eterno para hacer descender hasta las almas su Caridad Redentora. ¿Os dais cuenta, hijitos, del valor inmenso de vuestros sacrificios? ¿Os dais cuenta, hijitos, que podéis ser al mismo tiempo corredtores y redimidos?

¡Oh, hijos míos, si comprendierais el valor sublime del dolor identificados en la Cruz de mi Hijo con la Voluntad del Padre! Si

todos los hombres hubieran cumplido el mandato de mi Hijo: «Haced esto en memoria mía», que es igual a aquél: «Amaos los unos a los otros, *como yo os he amado*», ni una sola alma se perdería. Y si solamente las almas consagradas lo hubiesen cumplido, el Reino de Dios sería ya *manifiesto* entre vosotros. Pero el egoísmo, el amor a sí mismos, ha prolongado el tiempo de vuestro cautiverio, porque, hijitos, nada podría realizar el maligno si vosotros elegís al Creador antes que la criatura, cumpliendo de este modo el primer mandamiento de la Ley.

Es por esto que ahora, cumpliendo la Voluntad del Padre, se os aclarará todo. Su Espíritu me ha sido dado para manifestar lo que estaba oculto y por esto me presento en espíritu a vosotros antes que llegue la hora de su Manifestación, porque entonces, hijitos, no habrá más tiempo y su Manifestación será Juicio, porque la “Palabra” ha sido dada y esa misma palabra dará testimonio contra todos aquellos que no la han cumplido. Porque para esto vino el Hijo de Dios al mundo, para que todo el que creyera en El, en su palabra, cumpliéndola, recibiera la vida eterna; y el Juicio consiste en que habiendo recibido los hombres la palabra” no le dieron crédito, porque amaron más las cosas del príncipe de este mundo que la palabra venida de Dios, Y es cumplido el *Juicio* cuando viniendo “otro” en nombre de Dios, *por no ser de Dios* ni traer la verdad ni la luz ni la vida, sea recibido por los que han amado el error, las tinieblas y la muerte, que le son propias al padre de aquel que usurpará el nombre de Cristo para hacerse adorar como Dios.

Hijitos, estad atentos, vigilad y orad porque ya llega el devastador y muchos le seguirán, y aun los mismos elegidos se verán asaltados por la duda. Estáis prevenidos desde ahora, porque cuando llegue el momento de su manifestación porque se manifestará usando el poder que le dará la Justicia Divina - entonces no se podrá decir nada. Sólo aquellos que reciban *ahora* la luz de la verdad tendrán discernimiento para conocer dónde está el error. La confusión será tan grande, que estarán durmiendo juntos un santo y un demonio y atormentado aquél por éste no podrá aun así percatarse de lo que tiene a su lado. Porque no todos los que han de salvarse recibirán la luz *ahora*. Purgatorio, cielo e infierno estarán en la tierra. Y vosotros, los “llamados” por el Padre en esta penúltima hora, estáis siendo llamados para que recibáis las gracias

que os darán acceso a ese cielo en la tierra” pudiendo “recibir” los ángeles de luz que salvarán a aquellos que deben entrar después de vosotros.

Hijitos, todo esto que recibís ahora conservadlo en la intimidad de vuestros corazones meditando la “palabra”, que irá tomando cuerpo de acuerdo a vuestra fe. Luego, cuando seáis revestidos del poder de lo alto, entonces podréis iluminar a otros repartiendo el fruto de vuestra cosecha; ahora estáis recibiendo la semilla la cual debe germinar bajo el calor de vuestra fe recalentada ésta por el amor.

Vosotros estáis recogiendo los frutos para lo que han trabajado todas las generaciones que han existido antes de vosotros; recogeréis abundante cosecha que saborearán las generaciones venideras y que vosotros gustaréis también a su tiempo.

Recibid, hijos míos, el Corazón de una nueva vida.

Padre, santificalos en la Verdad.

Hijo, confírmalos en tu Palabra.

Espíritu Santo, descúbreles tu ardiente Caridad.

*Belén, Tierra Santa,
20 de diciembre de 1968*



Como vino el Esposo
así viene la Esposa...

Acercaos hombres, mujeres y niños
hasta los de pecho, y oíd; escuchad
pueblos y naciones todas;
oiga la tierra y cuantos la llenan,
el mundo y cuanto en él existe;
porque esto dice mi Señor para todos,
y lo dice “hoy”, en vuestros días.

Como es el Esposo así es la Esposa. Pero los hombres han identificado a “la Esposa” con las obras de sus razonamientos impulsados por el “príncipe de este mundo” quien en mí no tiene nada, y por esto, como consecuencia, a mí me han identificado con el Sinedrio, obra del mismo Leviatán: una asociación de hombres dirigidos por el espíritu del mundo y orientados hacia la consecución de los intereses del mundo; el Sinedrio representaba la “interpretación” de la Ley, pero él no era “Israel”. Identificando a “la Esposa” con una Institución, la cual es obra de los hombres impulsados por el espíritu del mundo, me han identificado a mí con el Sinedrio porque “el Esposo” no puede ser diferente a “la Esposa”. De este modo los “hombres de este siglo” se han puesto ellos mismos del lado de aquel que estando muerto todavía se hace vivo, porque ellos, los “hombres de este siglo”, desechando la Vida han elegido la muerte. Cuando todavía no había venido yo,

cumplimiento de la Ley, los hombres que formaban “el Sinedrio”, la institución, no eran responsables de lo que estaban representando, y por esto me manifesté entre ellos declarándoles pasajes de la Escritura que anunciaban” el tiempo de mi venida, a fin de que comprendieran que “el Anunciado” estaba ya ante ellos; pero sus ojos estaban cegados y sus oídos “tapados” por la atracción de los intereses del “príncipe de este mundo” y no podían “ver” ni “oír” la “buena nueva” que les traía. Abrí los ojos a ciegos de nacimiento e hice oír a sordos al sonido, 'hice hablar a mudos y resucité muertos para que viendo mis obras reconocieran por ellas al Padre que me enviaba, “Enviado” que el Dios de ellos, mi Padre, había anunciado y que estaba escrito en la Ley que ellos custodiaban. Y más tarde, éstos, que en ese tiempo eran saduceos, ante la evidencia de la presencia de mi Espíritu en aquellos que me habían recibido, endurecieron sus corazones, prohibiéndoles que predicasen en mi nombre, porque estando VIVO el que ellos creían muerto, este mismo hecho declaraba la muerte del Sinedrio, quien representaba la “interpretación” de la Ley.

El Sinedrio moría por la ineficacia de la “interpretación” de la Ley, pues, la muerte (negación propia) de “uno” había hecho posible en muchos lo que la Ley, en cuanto conocimiento del bien y del mal, no pudo realizar en ninguno: que el hombre obedeciera *definitivamente* al “Creador” antes que a la criatura, afirmando la libertad en la Voluntad, “obedecer a Dios antes que a los hombres”; así, como por “uno” (en Adán) vino “la desobediencia”, por la obediencia a la criatura en *oposición* a Dios, poniendo la separación entre Dios y el hombre, también por este Único (en Jesús) vino la obediencia *definitiva* a Dios, afirmación de la libertad en la Voluntad, eliminando de este modo la separación entre Dios y el hombre, separación causada por la desobediencia a lo que Dios le había ordenado: «...*pero del árbol de la ciencia dél, bien y del mal, no comas...*».

Como es el Esposo así es la Esposa. El Esposo es “el Hombre” (en quien se ha manifestado lo Divino) en quien todos son “Uno” y éste como “hijo del hombre” (nacido de un ser humano) padeció por los delitos de todos y fue contado como uno más entre los hombres. Fui “*un hombre*” entre los hombres, no una “*asociación de hombres*” entre otros hombres. Cuando elegí por voluntad de mi Padre a los que habían de recibir y anunciar mi nombre, “el Hombre”, “el hombre” entre los hombres, los llamé uno a uno, no escogí una institución de hombres entre los grupos organizados, los cuales existían entonces como existen ahora.

La Esposa no es diferente del Esposo: son dos momentos de un “Único”, único que al mismo tiempo son muchos, pero muchos que alcanzan la Unidad en “uno”.

Como vino el Esposo así viene la Esposa y cual esposo crucificado, muerto a sí mismo, me desposo crucificando, mediante la negación y muerte propia. Esa cruz de vuestro “desposorio”, que es vuestra Redención personal, no es una cruz material. Otros hombres fueron crucificados físicamente antes de mí, conmigo y después de mí, pero ellos no alcanzaron la Redención y muchos ni siquiera la redención de sus propios delitos al realizarse la Redención, porque no se habían negado a sí mismos. Sin embargo, la cruz material tenía su significado: de un árbol se sirvió el ángel para introducir “el Pecado” en la Naturaleza Humana, “el hombre” (Adán), induciéndole a la desobediencia, obedecer a la criatura (el ángel) en *oposición* a Dios, y en un árbol, el leño de la cruz, eran juzgados los hombres hasta que, por la obediencia a Dios, “el hombre”, el Único, llevó en su cuerpo al “Pecado” hasta la muerte y muerte de cruz: por la *desobediencia* “el Pecado” entró en “el hombre” (la Naturaleza Humana) y por la *obediencia* “el hombre” venció definitivamente al “Pecado”, afirmando la Libertad en la Voluntad. La obediencia a Dios sobre todas las cosas es el primer y último mandamiento. Yo vine a HACER LA VOLUNTAD DE MI

PADRE Y A CABO LLEVAR SU OBRA: esto es la Ley, los Profetas y los Apóstoles, ése es ISRAEL, ésa es la IGLESIA, ése es el MESÍAS, “el Esperado” de todos los tiempos.

Como veis, la obediencia a Dios sobre todas las cosas crucifica al “Pecado”. Crucificando al “Pecado” en cada uno, mediante la negación propia, se realiza el “desposorio” de Dios, lo Divino, con las almas, lo humano: ¡muerte y Vida!

No hay obediencia a Dios sin negación a sí mismo. La *afirmación* de sí mismo es el pecado contra el Espíritu Santo.

El pecado del hombre ha sido la orientación a sí mismo, y de ese pecado ha sido redimida la Naturaleza Humana, “el Hombre”, por la obediencia de Uno: «*Quien quiera venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame*».

Podréis ver al Esposo en vuestros días si veis a la Esposa, “Tú eres el hijo del Dios vivo”, y entonces gozaréis de la misma “Promesa” que recibió Pedro, Abraham y Adán.

Seguidme... cada uno en la negación de sí mismo, si queréis afirmar vuestra libertad en la Voluntad. He venido a cumplir la Voluntad de mi Padre y a cabo llevar su Obra. La Obra es de mi Padre y la llevo a cabo yo. Estoy a la puerta y yo mismo soy la puerta y no podéis entrar si no os habéis negado primero a vosotros mismos para ser - en la Esposa - yo mismo. En ese sentido sois mi Cuerpo y sois mi Iglesia, “Una”, en la Esposa, que soy yo mismo y en mí sois Uno en mi Padre. Mi Padre y yo somos una misma cosa.

Hijitos, en definitiva: la Unidad, Naturaleza Divina, está en vosotros, pero no podéis realizaros en Ella si no estáis en el Único, “el Hombre”, la Naturaleza Humana.

*Gruta de la Leche, Belén, Tierra Santa,
17 de agosto de 1979*